

plaza pública para la edición del 2 de mayo de 1994
% Día del Trabajo
% Burocracia y sindicatos
miguel ángel granados chapa

Ayer fue un extraño primero de mayo, pues no participó en él, como protagonista, el licenciado Arsenio Farell, que desde 1976 fue figura principal de las celebraciones correspondientes, primero como director del Instituto Mexicano del Seguro Social y a partir de 1982 secretario del Trabajo. En consecuencia, ha disminuido el nivel de la comunicación entre los sindicatos y los empresarios, por un lado, y la autoridad administrativa.

Contrariamente a lo que ocurrió en casi todas las sustituciones de miembros del gabinete, el Presidente no designó inmediatamente un titular en reemplazo de farell. Dejó encargado del despacho al subsecretario Manuel Gómezxperalta Damirón, que por su larga permanencia en el sector hubiera merecido el ascenso formal. Ha sido parte del personal de alto nivel de la secretaría durante los últimos veinte años, salvo un periodo en que sirvió en el IMSS, también a las órdenes de Farell, en materias estrechamente ligadas a la administración laboral. Pero al dejársele en la subsecretaría, quizá se espera formalizar una designación política.

Los sindicatos, por su lado, vieron pasar la fecha tutelar de su actividad casi como un día más. Ciertamente es que se efectuaron las celebraciones rutinarias, pero está ausente la vitalidad que es propia de las agrupaciones sociales. A sus noventa y cuatro años de edad, Fidel Velázquez encarna de manera muy plástica los males que aquejan al sindicalismo.

La situación creada por el asesinato de Luis Donaldo Colosio y otras vicisitudes nacionales acaso hubieran permitido a un movimiento más vigoroso retomar el lugar que le corresponde en la escena política. Dentro del PRI, a pesar de que no cristalizaron los empeños del propio Colosio de crear un partido de ciudadanos que dejara al margen a las corporaciones obreras, éstas han venido a menos, y no parece que estén por repuntar. Si bien el nuevo candidato Ernesto Zedillo se ha presentado a sí mismo como un representante neto de la clase obrera, no hay razones objetivas para pensar que un gobierno encabezado por él adoptara una política diferente de la que las dos administraciones anteriores pusieron en práctica.

la pretendida reforma a la legislación obrera parece no haber encontrado camino. Esa es la única ventaja que las agrupaciones obreras pudieron derivar de la actual situación nacional. En otras circunstancias, con una nueva ley federal del trabajo hubiera concluido este régimen la etapa de modernización de las estructuras sociales, emprendida a

través de una vasta tarea de reforma legislativa. A lo largo de este año debemos haber aprendido a no descartar ninguna posibilidad, porque nos hemos adentrado francamente en el terreno en donde todo es posible. Pero dadas las condiciones prevalecientes en la economía y en la sociedad, abrir en este momento un nuevo frente que erizaría la sensibilidad de las organizaciones obreras sería una pretensión suicida.

Eso no quiere decir que no se hayan modernizado las estructuras laborales. Por lo contrario. Una de las herencias que Farell dejó al sector del trabajo fue la reformulación de muchos contratos colectivos, incluidos los contratos ley que virtualmente desaparecieron, para lo cual no fue precisa la enmienda legal correspondiente. Lo ocurrido en la industria azucarera es paradigmático del desmantelamiento sufrido por las agrupaciones sindicales en esa materia. Si bien no prosperarán las tentativas de crear un gremio paralelo al oficialista, la multitud de reacciones adversas al liderazgo de Salvador Esquer Apodaca da cuenta clara del sentir de los azucareros, que si no perdieron de plano su empleo sin la indemnización debida, permitieron el recorte de sus prestaciones, todo con el ánimo de hacer atractiva la compra de los ingenios por empresarios privados.

Estos no cejarán en su empeño por transformar la legislación. Quizá deban esperar más largo tiempo del que calcularon al comienzo de esta administración. Hoy el sindicalismo está postrado, pero la agudización de sus males puede llevarlo a tocar fondo, y a partir de allí emprender una nueva etapa, que por supuesto no es el regreso al viejo corporativismo sino el avance hacia una nueva cultura gremial.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Arturo Herrera Cabañas

Su generosidad privada no se detenía en mera falta de avaricia. Prodigaba ayudas materiales para el desarrollo de las personas, pero también daba de sí sus mejoras prendas. Hacía reír con su humor agresivo. Escuchaba con atención y de inmediato hacía suya la cuita, el problema, el proyecto. Rodeado de amigos, podía ponerlos en comunicación para potenciar labores de interés general.



Entre una extraña luz crepuscular que creció en vez de disminuir y en medio de la lluvia y los truenos, la dolida voz de un sax nos ayudó, ayer domingo por la tarde, a despedir, a Arturo Herrera Cabañas. Su esposa, la doctora Irma Eugenia Gutiérrez, y sus hijos José Manuel, Arturo, Tonatiuh, Yuri e Isaías, resolvieron que sus cenizas fueran dispersadas entre el roquerío de Las Ventanas. Fue ese uno de los muchos parajes montañosos recorridos por Herrera en su incesante trotar por las crestas y los riscos, las grutas y las cañadas, las ciudades, la historia, las culturas.

Herrera Cabañas murió a las ocho y diez de la mañana del sábado 30 de abril. No fuerzo el símbolo si pienso que no fue casual que la avioneta en que viajaba se desplomó sobre la ciudad de Huejutla, Hidalgo, precisamente en el Día del Niño. Arturo Herrera seguía siendo, a sus cincuenta y cuatro años (apenas cumplidos el 20 de abril) un niño. Lo era en el mejor sentido de la expresión, por su frescura, por su espontaneidad, por su ternura brusca, por la inquietud irrefrenable de explotarlo todo, de practicar la libertad con toda su anchura.

Para satisfacer el estilo con que suele estar escrita esta columna diremos que Herrera Cabañas era, a la hora de su muerte, el director general del Instituto Hidalguense de Desarrollo Cultural e Investigaciones Sociales. Pero era, por supuesto, mucho más que eso. Ganó ese cargo después de treinta y cinco años de dedicarse a la difusión de la cultura, al registro y mejor conocimiento de las tradiciones locales, a la valoración del espíritu por encima de las contingencias materiales.

No es la primera vez que escribo acerca de su trabajo, que siempre me pareció admirable, primero por la parquedad de los medios de que disponía y luego por la rica imaginación con que impregnaba sus tareas. Pero ahora una combinación de ambigüedades y paradojas me embota el entendimiento. Como hombre consagrado a discutirlo todo, Arturo Herrera era un crítico, pero no un crítico estéril, como lo muestra la abundancia y el tamaño de su obra promotora. Su inclinación al debate lo dejaba siempre, así como a sus interlocutores, dueño de afirmaciones y preso de incertidumbres. Semejantes certezas y dudas me provoca la súbita muerte que lo acechó en la Huasteca: Quien sabe si podamos encarar su pérdida, pero sabremos enfrentarla. Ya no está con nosotros, pero evidentemente lo está. Nos dejó solos, pero nos colmó de bienes antes de marcharse.

Arturo Herrera Cabañas se volcó de modo permanentemente en una doble generosidad, la pública y la privada. De la primera habla el extenso catálogo de misiones culturales que abordó desde su época de dirigente estudiantil hasta la fecha, en que concentraba su atención en salvar el convento agustino de Mezitlán, expuesto a grave riesgo por impertinentes desplazamientos de tierra, Herrera Cabañas había logrado conjuntar la decisión política con la pericia técnica que era imprescindible aplicar al rescate de uno de los más notables monumentos de la arquitectura religiosa colonial. Al mismo tiempo, y ése era el motivo del viaje que resultó postrero, aceptaba papeles de conciliador político, persuadido como estaba de que la tolerancia política de que fue un adalid tanto como víctima

de su contrario) es sustento indispensable de la convivencia social.

Estaba siempre listo para echar a andar los trámites necesarios (y aun para eludir los innecesarios) que condujera a una beca, a un permiso, a una adquisición, a un financiamiento.

Todo lo que tocó su mano fecunda se convirtió en fuente de espiritual. Era capaz de convertir la más estéril oficina burocrática en manantial de realizaciones. Igual magia transformadora resultaba de su ansia por preservar el patrimonio material y artístico de las comunidades.

Todo lo humano le interesaba. Tan pronto presidía la Asociación Estatal de Montañismo como fundaba en Actopan la feria de la barbacoa. Ya coleccionaba cactus, ya se interesaba en la mineralogía. En sus comienzos de promotor cultural, tuvo que padecer la ofensa de que hubiera más gente sobre el escenario que entre las butacas. Practicó entonces, con sus asombrados alumnos, una especie de leva cultural. Los obligaba a asistir a conciertos y conferencias, excéntricas manifestaciones en la Pachuca a que llegó a vivir, desde su natal Actopan, en 1958. La coronación primera de esos empeños sobrevino cuando el público se agolpaba a las afueras de los teatros y auditorios fecundados por Herrera, con avidez de escuchar, de ver, de participar.

Dirigió la biblioteca de la Universidad local y, por no limitarse a administrar los estantes pronto fue director de la difusión cultural universitaria. Le tocó recibir el Archivo Casasola y sentar las bases para su transformación en Fototeca Nacional. Concibió y dirigió el Centro Cultural Hidalgo, como antes había consolidado la Casa de las Artesanías. De un amontonamiento de basura mecanografiada e impresa sacó el Archivo del Estado, y lo instaló en una casa digna de un acervo como el que resultó de su esfuerzo organizador. Fue velado en el Foro Cultural *Efrén Rebollo* ideado y urdido por él, también en un edificio desvencijado Maestro en historia, luego de haber sido abogado, Herrera Cabañas era un humanista, interesado en las etnias mucho antes de que el sentimiento nacional de culpa las pusiera de moda.

La multitud que acompañó su cuerpo durante el sábado por la tarde y noche, y lo acompañó a las Ventanas, cerca del Mineral el Chico, para decirle adiós es una muestra, en el sentido estadístico, del gran universo de hidalguenses cuyo espíritu se ensanchó gracias a las tareas de Herrera Cabañas, nuestro entrañable amigo, *El Cherokee* de los días preparatorianos.